

San Clemente dice que los filósofos fueron los precursores del Evangelio en los designios de Dios. Mas seguramente los filósofos no pensaron jamás preparar á la humanidad para una religion que trata á la filosofía de ciencia inútil y que pretende humillarla hasta el puesto de esclava de la teología. Luego los filósofos realizaron lo que no se proponían, y, por tanto, bajo este sentido, fueron instrumentos de un poder superior; ¿no será la Providencia divina ese poder? Resta apreciar cómo los filósofos, pensadores solitarios, se pusieron en contacto con la humanidad. No podía ser obra del pensamiento, porque la antigüedad no conocía ninguno de los maravillosos vehículos que le facilitan hoy su propagación con la rapidez del rayo. Un conquistador fué quien propagó en el mundo antiguo la filosofía con la cultura helénica, de la que es preciado fruto. Alejandro, por mucho que se le quiera ensalzar, ni soñar pudo en ser el misionero de la filosofía, y ménos aún el Juan Bautista armado del Cristo. Lo fué, sin embargo; fué un instrumento el héroe ilustre; pero ¿de quién ó de qué? ¿No lo sería de la Providencia?

La fuerza realiza algo mejor todavía: toma parte en el desarrollo de las ideas filosóficas y religiosas. Háse observado que el estoicismo romano difiere bastante del estoicismo griego: en éste hay algo de estrecho, al par que de exagerado, como en todas las especulaciones de la escuela. En Roma la filosofía de Zenon se ensancha, se humaniza, y acaba por tomar un carácter religioso, hasta el punto de haberse comparado á sermones los escritos de los filósofos. ¿Quién dió al estoicismo esa amplitud, esa elevación de sentimientos, y hasta pudiera decirse esa dulzura evangélica? Su transformación tuvo lugar en el seno de un pueblo guerrero. Los Romanos aplaudieron en el teatro este verso famoso: "Soy hombre, y todo lo que al hombre interesa lo juzgo digno de mí." La palabra *humanidad* es de creación romana; Romanos fueron los que reemplazaron con el cosmopolitismo el patriotismo rencoroso de las ciudades griegas; ¿quién inspiró al pueblo de Marte ese genio humano? Su misión de conquistador. La fuerza dió á Roma sentimientos é ideas que desconociera Grecia. Al extender el pueblo rey su imperio hasta confundir la Ciudad Eterna con el mundo, fué cuando imprimió al pensamiento un nuevo impulso casi tan grande como su ambición. ¿Preguntaremos ahora si los ru-

dos legionarios que corrieron de conquista en conquista se proponían por misión extender y ensanchar la filosofía griega? Jamás la fuerza se ha mostrado tan ostensiblemente como aquí ejecutando lo que no se proponía ejecutar. La fuerza es por sí destructora, y no ha faltado á esta misión en el mundo antiguo; la Grecia, el Asia, el África, la Italia, estaban cubiertas de ruinas ántes de que los Bárbaros viniesen á destruir todo á su paso como torrente asolador. Sin embargo, esa misma fuerza, no solamente abrió el camino á una religion pacífica, á una religion de caridad, sino que también preparó la paz, el cosmopolitismo y los sentimientos religiosos que se dirían inspirados en el Evangelio. La fuerza evangeliza: ¡hé aquí un verdadero milagro! Se ha visto la fuerza al servicio de una religion, el Islam, preparado por el sable; pero aquí la fuerza hace todo lo contrario de lo que se proponía. ¿Quién la obliga á secundar designios que ni sospecha siquiera? ¿No será la Providencia de Dios?

La mano de Dios se revela todavía en otra faz de la filosofía antigua, la preparación del cristianismo, según los Padres de la Iglesia lo confiesan; ¿á qué atribuir entónces la guerra encarnizada que esos mismos Padres le hacen? ¿Por qué le prodigan su desden? ¿Por qué humillarla hasta el punto de querer sujetarla como sierva? Tiene el odio su fundamento, porque no hay enemigo más temible para el cristianismo que la filosofía antigua. Quien dice filosofía, dice libertad de pensar; y la libertad de pensar es incompatible con una religion fundada sobre una revelación sobrenatural de la verdad. De aquí un odio á muerte que estalló ya en la antigüedad. El último de los Helenos, Juliano el Apóstata, trata de arruinar la religion que arruinaba al helenismo en el libre pensamiento, que es su esencia, y sucumbe protestando contra la victoria del Galileo. En el siglo XV encuentra vengadores; los filósofos, los poetas, los oradores de la Grecia salen de su tumba, y este *renacimiento* pone término á la dominación del cristianismo tradicional. Tal es el secreto del odio que los verdaderos ortodoxos profesan á las letras griegas y latinas.

Véase un espectáculo en extremo maravilloso. Nada más natural que la filosofía sea un principio de libre pensamiento; pero que esa misma filosofía prepare una religion que debe, durante siglos, suspender el curso del libre pensamiento; que la filo-

sofía misma forje los dogmas que deben encadenar al espíritu humano, es una contradicción que no se explica por la libertad. Nadie podrá decir que los filósofos con una mano levantaban el edificio del catolicismo y con la otra le arruinaban, y esto á sabiendas, con conocimiento de causa, con plena voluntad. No, es preciso decir, y es evidente, que los filósofos realizaron lo que no se proponían, lo que no querían hacer. Platon y Zenon, el mismo Epicuro, son los precursores del cristianismo, sin comprenderlo. En las escuelas de sus discípulos se forman los futuros Padres de una Iglesia que no admite otra filosofía que la que se presta á comentar sus dogmas, y trabajan, sin querer, en paralizar, durante siglos, todo movimiento filosófico. La filosofía, con todo, no abdica, y reaparece bajo un nuevo traje en la Edad Media. Á poco se hace pasar á Aristóteles por un Santo Padre. Pero es un amigo pérfido que esparce las semillas del libre pensamiento, es decir, de incredulidad. En definitiva, los filósofos son á la par precursores y enemigos del cristianismo; ¿quién impulsó á la filosofía á preparar el cristianismo, á demolerlo, al mismo tiempo que lo edificaba? Luego la filosofía es también un instrumento. ¿De quién ó de qué? ¿No será de Dios?

Hemos planteado varias cuestiones y vanamente hemos buscado otra solución. Desterrando á Dios de la historia, hay que convenir en que gobierna las cosas humanas, bien el azar, bien la fuerza, bien la naturaleza, bien alguna ley general que ignoramos. ¿Habremos de repetir que el azar es una palabra vacía de sentido, que la naturaleza no tiene significación si en ella no interviene la mano de Dios, que la fuerza excluye toda noción moral y que una ley supone legislador? Esas explicaciones no constituyen respuestas á nuestras preguntas, no explican nada. Á un misterio se contesta con un *yo no sé qué* igualmente misterioso. Por nuestra parte respondemos: la mano de Dios es quien conduce al género humano hácia el término de su destino. Á esto objetarán los ateos que nuestra respuesta es un misterio, puesto que ni ven, ni oyen, ni tocan al Dios que invocamos. En buen hora; para los que niegan á Dios, nada significa enseñar que hay una dirección invisible en la vida de la humanidad. Con todo, deben reconocer que existe esa dirección, punto capital cuya evidencia surge de los hechos que acabamos de relatar. La

antigüedad es una preparación del cristianismo; los conquistadores y los filósofos, los Judíos y los Griegos, los Egipcios y los Persas, desempeñan su papel en ese trabajo secular como actores, aunque sin conciencia de lo que hacen y dirigidos por una fuerza que no es su libre actividad. Los mismos ateos lo reconocen y llaman á esta fuerza naturaleza, rehusándole la libertad y la inteligencia. Mas ¿se concibe una fuerza ininteligente que obra con inteligencia? ¿Se concibe una fuerza que prosiga su plan sin tener plan trazado? ¿Quién se lo ha impuesto? Quieran ó no, ello es que hay que recurrir á una primera causa. Los hechos nos muestran la obra por esta causa producida y á la que sirven de demostración. En este sentido, la historia atrae á Dios á los que sintieran impulsos de negarle; podrán desconocerle en su fuero interno, pero no en la historia, porque los hechos históricos carecerían de sentido sin la acción de Dios y del gobierno providencial. Este gobierno no deja, hasta cierto punto, de ser para nosotros un misterio, y los materialistas podrían añadir que se reduce á una palabra que dice tanto como el azar, la fuerza ó la naturaleza. De artemano hemos contestado que el mundo entregado al azar, á la fuerza ó á una ley ciega, ofrece un espectáculo para desesperar y humillar al hombre. Misterio por misterio, preferimos el que le eleva al que le rebaja al nivel de los brutos.

### § III.—El cristianismo y los bárbaros.

N.º 1.—*Jesucristo.*—*Lo que Cristo quería, lo que quiere Dios.*

#### I.

Jesucristo predica el *Evangelio del reino*. ¿Qué reino es este? Oigamos á los evangelistas: "El sol se oscurecerá, la luna no reflejará su luz, las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos serán conmovidas. Entónces aparecerá en el cielo el signo del Hijo del Hombre; entónces llorarán todas las tribus de la tierra y verán al Hijo del Hombre en medio de las nubes con gran poder y majestad. Y él enviará sus ángeles, y con la voz sonora de la trompeta reunirá á los escogidos de los cuatro puntos cardinales de la tierra..." *El reino* predicado por el Cristo, que suele tomarse en

sentido, bien espiritual, bien material, bien político, era el fin del mundo y la inauguración de una nueva era, ó, por mejor decir, la consumación de las cosas, el reinado de los santos resucitados. ¿Cuándo debía ese reinado realizarse? En un porvenir cercano: "El día está próximo, dice Jesucristo; no pasará esta generación sin que todo eso suceda.", "En verdad os digo, repite, que muchos hay aquí que no verán la muerte sin haber visto ántes al Hijo del Hombre llegar á su reino.",

Tal es la predicación de los apóstoles. Todos, sin excepción, lo mismo San Juan que San Pablo, Santiago que San Pedro, anuncian la consumación final y el próximo advenimiento del reinado de Dios sobre la tierra. "Esperamos, dice San Pedro, según promesa de Dios, nuevos cielos y una nueva tierra donde habite la justicia. *El fin de todas las cosas se acerca; sed sobrios y vigilantes en las oraciones.*" San Pablo escribe á los Hebreos: "Un poco de tiempo aún, y el que debe venir vendrá, y no tardará mucho.", "El último tiempo ha llegado.", dice San Juan. Todos los fieles vivían dentro de este orden de ideas y de sentimientos: así se ve en el *Apocalipsis*, el libro canónico más antiguo de la Iglesia. La misma palabra *apocalipsis* era el término técnico para designar la aparición milagrosa del Mesías en el fin de los tiempos. En otro número considerable de libros se trataba esta cuestión, la única que preocupaba los espíritus: en esto consistía todo el cristianismo primitivo. Una cosa atormentaba á los fieles, el momento preciso en que hubieran de realizarse las promesas evangélicas. San Juan creía que ese momento no estaba lejano, y llegó hasta determinar su época precisa: dentro de tres años y medio, á partir del día en que escribía, todo sería consumado. Algunas veces los apóstoles se veían en la necesidad de moderar el impaciente ardor de los creyentes; el reinado de Dios tardaba mucho en llegar. "Esperad con paciencia, les dice Santiago, como el labrador que aguarda el precioso fruto de la tierra. Haced lo mismo, no os impacientéis y afirmad vuestros corazones, porque el advenimiento del Señor se aproxima.",

Cristianos había que se representaban el reino de Dios bajo una forma material: Jesucristo debía reinar con sus santos durante mil años. Los milenarios, que preludivieron las locuras de Fourier, tenían de su parte una autoridad reputada sagrada, el *Apocalipsis* de San Juan. San Ireneo, uno de los

primeros milenarios, reclama para sí la autoridad de los apóstoles. El milenarismo fué repudiado por la Iglesia, la que á su vez se vió obligada á ir rogando indefinidamente el plazo señalado para la consumación final, que Jesucristo y sus apóstoles anunciaban como inmediata. Las palabras del Maestro y de sus discípulos, tan positivas que es imposible descartarlas, atestiguan que el Cristo se forjaba de su obra una idea bien distinta de la que la posteridad le ha prestado. Jesús, para nosotros, es el fundador de una religión que domina todavía las almas, y que, si se atiende á la esencia de su predicación, las dominará hasta el fin de los siglos; y cuenta que lejos de creer que la consumación final sea próxima, adquirimos la convicción de que se aleja, á medida que consideremos los progresos que restan por cumplir á la especie humana. Si es cierto, como dicen todos los evangelistas y todos los apóstoles, que Jesucristo creía en el fin próximo de todas las cosas, es evidente que no vino á fundar una religión, sino á preparar á los hombres para la muerte (1).

Hé ahí lo que Jesucristo quería según los Evangelios; ¿quería lo mismo Dios? La historia nos revela lo que Éste ha querido. Si Dios no interviene en la historia, ¿cómo explicaremos que el más grande entre los reveladores no tenga conciencia de su obra? ¿Cómo, que haya inaugurado una era nueva en la vida de la humanidad, cuando creía que la humanidad iba á desaparecer? Véase un nuevo poder, que no es la libertad humana, interviniendo en el desenvolvimiento de nuestro destino. Resulta que el fundador del cristianismo no se propuso fundarlo. Ahora díganlos los que colocan á Dios fuera del mundo quién ha fundado la religión cristiana. ¿Responderán que es la obra del error, de la ignorancia y de la superstición? Las apariencias les favorecen. Sí, el milenarismo es una locura, y la creencia universal del próximo fin del mundo otra locura. Pero también hay que confesar que esas creencias supersticiosas contribuyen poderosamente á consolidar el cristianismo naciente, que el error ha sido una fuerza y un apoyo para los apóstoles, y aún pudiéramos añadir resueltamente, que también para el Cristo; que el mismo error fué el gran atractivo de las masas, y que sin él no hu-

(1) Véanse los detalles y los testimonios en mi *Estudio sobre el cristianismo*.

biera habido cristianismo (1). Todo esto es cierto; ¿deduciremos de ello que la ignorancia y la superstición gobiernan al mundo? No, pero los hombres son ignorantes, supersticiosos y víctimas del error. Con todo, el progreso se realiza á pesar de sus extravíos; más aún: esos mismos extravíos contribuyen á realizarlo. ¿No es esta una prueba visible de que hay, á más de la libertad humana, un poder que obra, que dirige el curso de nuestros destinos, y que hace servir nuestros errores para el cumplimiento de sus designios?

## II.

Esta faz del gobierno providencial es un misterio. No comprendemos, y por lo mismo nos cuesta mucho creerlo, que nuestros propios errores puedan ser un principio de progreso; mas la evidencia se manifiesta al seguir el desenvolvimiento de la fe cristiana. Jesucristo se engañaba al anunciar que el reino de Dios se aproximaba, y millares de fieles se han engañado también bajo tan alta autoridad, aunque verdaderamente el engaño tornó en su provecho; ¿quién ha convertido el mal en bien? Los hombres no. Por nuestra parte decimos que la Providencia. ¿Qué importa que los medios de Dios sean para nosotros un misterio? El hecho de su acción es evidente. ¿Dirán algunos que el azar? ¿Dirán otros que una ley de nuestra naturaleza imperfecta? Estas palabras carecen de sentido. No, es preciso escoger: ó decir que el error conduce la humanidad y que naturalmente el bien procede del mal, lo que equivaldría á confundir el mal y el bien y á negar todo elemento moral en la vida de la humanidad, ó decir que el gobierno providencial utiliza nuestros errores convirtiéndolos en bien de todos. Esta concepción justifica á Dios, y no legitima nuestras pasiones; nuestro lote es la imperfección, la ignorancia y el error; el bien que de ellos se saca corresponde á Dios. Pero si somos imperfectos, también somos perfectibles; avanzamos progresivamente hácia la libertad; la parte del error va, por consiguiente, disminuyendo, y al término de nuestro destino ideal secundaremos los designios de Dios, queriendo lo que quiere la Providencia.

Esta manera de considerar la historia de los

(1) Véase mi *Estudio sobre el cristianismo*.

errores humanos es al pronto tan chocante, que será bueno insistir sobre los hechos que la confirman. El cristianismo es sin disputa de los mayores progresos que la humanidad ha realizado. ¿Ha tenido conciencia de su misión? ¿Sabía, quería lo que ejecutaba? No. El cristianismo se estableció sin que los cristianos primitivos pensaran abrazar ni propagar una nueva religión; y esto es cierto, no sólo con relación á las masas, sino también al mismo fundador del cristianismo, adorado aún como Hijo de Dios por millones de fieles, todo lo que, con el testimonio de los Evangelios, acabamos de probar. Han negado algunos que Jesucristo predicara el fin del mundo, pero la evidencia no puede negarse. Toda su enseñanza se relaciona con este error, ó está de él más ó menos infestada. Si el Cristo hubiese tenido conciencia de su misión, debería haber comenzado por desertar el mosaísmo, porque no podía mantener la ley antigua si fundaba una religión nueva. En este sentido se ha desarrollado el cristianismo, repudiando, condenando, hasta infamando la ley antigua. ¿Eran estos los sentimientos de Jesucristo? En el sermón de la Montaña dice: "No penseis que he venido á abolir la ley ó los profetas; he venido, no á abolirlos, sino á cumplirlos." Si el Cristo no hubiese pronunciado estas palabras, podría decirse que consideraba la religión nueva como una evolución procedente de la ley antigua, y que en este sentido la llevaba á cabo. Pero añade: "Porque en verdad os digo no pasarán el cielo ni la tierra hasta que la ley sea cumplida hasta la última letra y el último punto." (1). La declaración no puede ser más clara. Jesús no piensa en fundar una nueva ley, y mantiene la de Moisés, sin cambiar una letra. Véase el fundador del cristianismo en flagrante contradicción con el cristianismo. Por mejor decir, si se hubieran cumplido sus palabras, no hubiera nunca habido cristianismo.

Y lo mismo diremos de la cristiandad primitiva. Los apóstoles y todos los discípulos de Jerusalén permanecieron estrictamente fieles á los sermones y á las observancias del mosaísmo. Píadosos según la ley, se honraban con el título de Judíos, rehusándolo á los que no imitaban la rigidez de su vida legal. Estaban constantemente en el templo, alabando y bendiciendo á Dios, y no se

(1) SAN MATEO, v. 18. San Lucas repite las mismas palabras, xvi. 17.

distinguan de los otros Judíos sino por la creencia de que el Mesías había aparecido en la persona de Jesucristo, y que volvería bien pronto para fundar su reino. Hé aquí la *buena nueva* que los apóstoles predicaban; había que convertirse apresuradamente para obtener puesto en el reino del Mesías. ¿Quiénes podrían entrar en este reino? Los Judíos solamente; ellos eran los únicos llamados; así, para participar de las promesas mesiánicas, se requería, ante todo, hacerse Judío (1).

¿Es este el cristianismo tal como hoy le conocemos? Media un abismo entre el cristianismo de los apóstoles y el cristianismo histórico; si un fiel se propusiera imitar á los apóstoles, hacer lo que ellos hacían, sería despreciado como apóstata; en efecto, sería Judío, como los apóstoles lo eran. Prueba esto que, si los discípulos del Cristo hubiesen seguido ese camino, no existiera el cristianismo. Fuerza es, por tanto, confesar que tanto Jesucristo como sus discípulos se engañaron. El mesianismo era una superstición judía, un error que la historia ha presentado bajo su verdadero aspecto, y del que participaban Jesucristo y sus discípulos. Véase un nuevo error en la cuna del cristianismo, un error que ha desempeñado un papel decisivo en el establecimiento de la nueva religión, y ¡cosa singular! que si hubiera persistido, habría impedido el establecimiento del cristianismo. Sí, el mesianismo, al mismo tiempo que atraía los fieles á Cristo, les retenía en el seno del mosaísmo. ¿Quién del mal ha sacado el bien? ¿Quién ha hecho del mesianismo el instrumento de la fundación del cristianismo? ¿Quién le ha descartado cuando ha sido un obstáculo ó una traba? Ni Jesucristo, ni los Doce seguramente. Busquemos la causa de esos efectos en un nuevo elemento que se introdujo en la cristiandad primitiva, el elemento helénico, que vino á suavizar lo que tenía de áspero el cristianismo judío y á ensanchar lo que tenía de estrecho. El primer mártir de la fe cristiana fué un Judío helenizante. De este movimiento procede también San Pablo, el verdadero fundador del cristianismo histórico. ¿Quién introdujo ese elemento en el cristianismo primitivo? ¿Quién puso á los Judíos en contacto con la raza helénica? La guerra, la conquista. ¿Habrà de glorificarse la fuerza por lo que la fuerza ha hecho sin que

(1) REUSE, *Historia de la teología cristiana*, t. I, p. 283 y siguientes.

rerlo ni saberlo? ¿Habrà que aceptar que hay una Providencia que dirige la educación de la humanidad? Hay que elegir, y la elección no es dudosa entre la violencia y Dios.

### III.

Hemos dicho que no entraba en el pensamiento de Jesucristo el designio de fundar una religión. Verdad es que si pudiera volver al mundo, no reconocería su pensamiento en la poderosa institución que lleva su nombre. El cristianismo tradicional es un sistema de dogmas y de misterios que se pretende ligar con la revelación milagrosa del Hijo de Dios. Llama la atención, al abrir el Evangelio, no encontrar huella alguna de esa pretendida revelación que descansa sobre la divinidad de Cristo. ¿Jesús se llama Dios? No. ¿Creen sus discípulos que es la segunda persona de la Trinidad? No; ni siquiera hubiesen comprendido lo que esto quiere decir; su fe estribaba en creer que el Hijo del Hombre era el Mesías. En los Evangelios llamados sinópticos conserva el Cristo la naturaleza humana, y no pasa de un profeta investido de una misión divina; está dotado de un poder extraordinario, pero no deja de ser una criatura. El Evangelio de San Juan es el único que habla de la Encarnación del Verbo; pero la ciencia moderna niega que este Evangelio sea del apóstol, viendo en él la obra de la filosofía alejandrina. Lo cierto es que ni la palabra ni la idea se encuentran en ninguno de los discípulos del Cristo (1).

¿Cómo ha nacido el dogma de la divinidad del Cristo? Bajo la influencia de la gentilidad y de la filosofía. Los paganos estaban acostumbrados á la encarnación de sus dioses. Los filósofos, para manifestar el lazo que media entre el mundo imperfecto de las manifestaciones y Dios, que es la perfección absoluta, imaginaron un Verbo ó un Hijo de Dios que creó el mundo y se mantiene en relación permanente con la humanidad. Esta doble corriente de ideas, por una parte las creencias populares, por la otra las concepciones filosóficas, transformó al Mesías en una persona divina. Todo en el dogma es obra del error; el Mesías y el mesianismo son fantasías; el Verbo es una explicación que

(1) Véanse las pruebas en mis *Estudios sobre el cristianismo*.

nada explica, y la Encarnación una pura superstición. ¡Espectáculo extraño y humillante para la especie humana! Una religión poderosa se establece sobre un fundamento imaginario. Jesucristo se engañó, creyéndose el Mesías; los apóstoles se engañaron, creyendo sus milagros y su resurrección; los concilios se han engañado, proclamando que era la segunda persona de la Trinidad. ¡Cosa extraña! Este último término del desenvolvimiento sobrenatural que la persona del Cristo ha tomado es ajeno por completo á las creencias de Jesús y de sus apóstoles, quienes hubieran repudiado una concepción de la divinidad que destruía todas sus convicciones. Sin embargo, esa concepción es la base del edificio cuya primera piedra asentaron.

¡El error, pues, sirve de fundamento á una religión que se dice poseer la verdad absoluta, divinamente revelada! ¡Y tal error es ajeno al fundador del cristianismo, quien, por su parte, alimentaba otros errores! ¿Luego el error rige al mundo? ¡Triste extremo! La razón ha reclamado y protestado contra la superstición cristiana por la voz de Arius y ha sucumbido. Añadamos que el error ha sido provechoso á la humanidad. Decimos esto de mala gana y casi á pesar nuestro, porque nos repugna consignar que la humanidad ha sido juguete del error durante siglos y confesar que le ha aprovechado ese extravío. Pero el hecho es incontestable. Se ha necesitado una religión encarnada en el Hijo de Dios y en su Iglesia para domar á los Bárbaros; el cristianismo, tal como hoy le concebimos, no hubiera ejercido influencia sobre esas poblaciones rudas; ¿quién ha trocado en bien el mal? Los hombres no; á ellos corresponde el error y los excesos que engendra. ¿Cómo entonces hemos calificado de provechosa á la humanidad esa misma superstición que ha encendido las hogueras y las guerras de religión? ¡Hé aquí un misterio que la imperfección humana no alcanza! ¡Un encadenamiento de bienes y de males, derivando de una misma fuente, fuente al par benéfica que ponzoñosa! ¡La humanidad, á pesar de sus errores, mejor dicho, gracias á sus errores, avanzando en el camino de su perfeccionamiento! En verdad, hay que cerrar los ojos á la evidencia para no descubrir la mano que nos guía. Los medios de que se vale son tan impenetrables como su esencia; mas ¿qué importa? Porque desconozcamos la naturaleza y la causa de los rayos del sol que nos vivifi-

ca, ¿sentimos menos su bienhechora influencia? Indudablemente habría motivo para desesperarse si todo fuera error en el cristianismo; pero eso es imposible, porque los hombres no se alimentan con veneno. Hoy rechazamos los errores que han contribuido á fundar el cristianismo; pero no por eso rechazamos la religión del Cristo; por el contrario, la mantenemos como una condición de vida para la humanidad.

### IV.

Si Jesucristo no quiso fundar una religión nueva, ¿cómo hay un cristianismo y por qué le consideramos como la religión del porvenir? Hay en la predicación de Jesús verdades eternas, pero alteradas, viciadas por las preocupaciones y los errores que hemos indicado. Cuando de cerca se le considera, hay que confesar de nuevo que el error ha sido beneficioso. Jesucristo dice que su reino no es de este mundo, y predica un espiritualismo exagerado; ni Estado, ni derecho, ni ciencia, ni arte, ni propiedad, ni industria. Evidentemente el hombre no podría vivir así, porque no se compone de puro espíritu, sino también de materia, y el desarrollo físico es una condición de su desarrollo intelectual y moral. El espiritualismo desordenado del Evangelio es un error que ha producido excesos increíbles y verdaderas locuras. Á pesar de ello, no todo es locura en el monaquismo, ni todo exceso en el espiritualismo cristiano. Hay en él una reacción heroica del alma contra el cuerpo que importa secundar. Sólo el espiritualismo puede salvar de la podredumbre á la humanidad. Tenemos aquí otro misterio. La doctrina moral del Cristo se celebra como la salud de la humanidad. No obstante, si la humanidad hubiese seguido los consejos de perfección que daba á sus discípulos, no habría humanidad, el alma hubiera aniquilado al cuerpo. ¿Quién ha establecido el equilibrio? ¿Quién ha salvado al mundo, tanto de la podredumbre antigua como del falso ideal del Evangelio? No ha sido el Cristo seguramente. Ha sido un poder distinto del del hombre. Ha sido la Providencia divina, cuya misteriosa acción nos salva de nuestros errores y nos conduce, por nuestros errores mismos, á la perfección, último fin de nuestra existencia. Si el cristianismo se ha convertido en uno de los elementos más considerables de nuestra civilización,